

# EL NORTE DE BRUGUEL

TEXTO  
MAGALI VELASCO VARGAS

ILUSTRACIONES  
GERARDO VARGAS FRÍAS





# EL NORTE DE BRUGUEL



**GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ  
DE IGNACIO DE LA LLAVE**

**Dr. Javier Duarte de Ochoa**  
Gobernador

**Lic. Harry Grappa Guzmán**  
Secretario de Turismo, Cultura y Cinematografía

**INSTITUTO VERACRUZANO DE LA CULTURA**

**Lic. Rodolfo Mendoza Rosendo**  
Director

**Lic. Claudia Domínguez Mejía**  
Jefa del Departamento de Publicaciones y Bibliotecas

**CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES**

**Mtro. Rafael Tovar y de Teresa**  
Presidente

**Mtro. Saúl Juárez Vega**  
Secretario Cultural y Artístico

**Mtro. Mario Antonio Vera Crestani**  
Director General de Vinculación Cultural

**Mtro. Ricardo Cayuela Gally**  
Director General de Publicaciones

Edición digital:

**GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ DE IGNACIO DE LA LLAVE**

**Cuitláhuac García Jiménez**  
Gobernador Constitucional

**Xochitl Arbesú Lago**  
Secretaria de Turismo y Cultura

**Silvia Alejandre Prado**  
Directora del Instituto Veracruzano de la Cultura

Instituto Veracruzano de la Cultura Francisco Canal s/n esquina Ignacio Zaragoza Centro Histórico, C. P. 91700  
Veracruz, Veracruz  
Teléfono: 01 (229) 931 6962  
[www.ivec.gob.mx](http://www.ivec.gob.mx)

Cuidado de edición: Cristophe Barrera Ortega, Iris García Cuevas, José Roberto Sánchez Fernández, Natividad Tepetla Vázquez y Agustín del Moral Tejeda.  
Diseño y formación para epub: Alejandro Lajud Avila.

Esta edición digital se realiza sin fines de lucro, únicamente para la preservación y difusión de la obra, de acuerdo con el artículo 148 de la Ley Federal de Derechos de Autor de la República Mexicana.

Queda prohibida su copia, distribución, y/o divulgación con cualquier fin de lucro en todos los medios conocidos y por conocerse.

ISBN 978-607-8634-21-7

# EL NORTE DE BRUGUEL

TEXTO

MAGALI VELASCO VARGAS

ILUSTRACIONES

GERARDO VARGAS FRÍAS

Para Bruno y Rodrigo

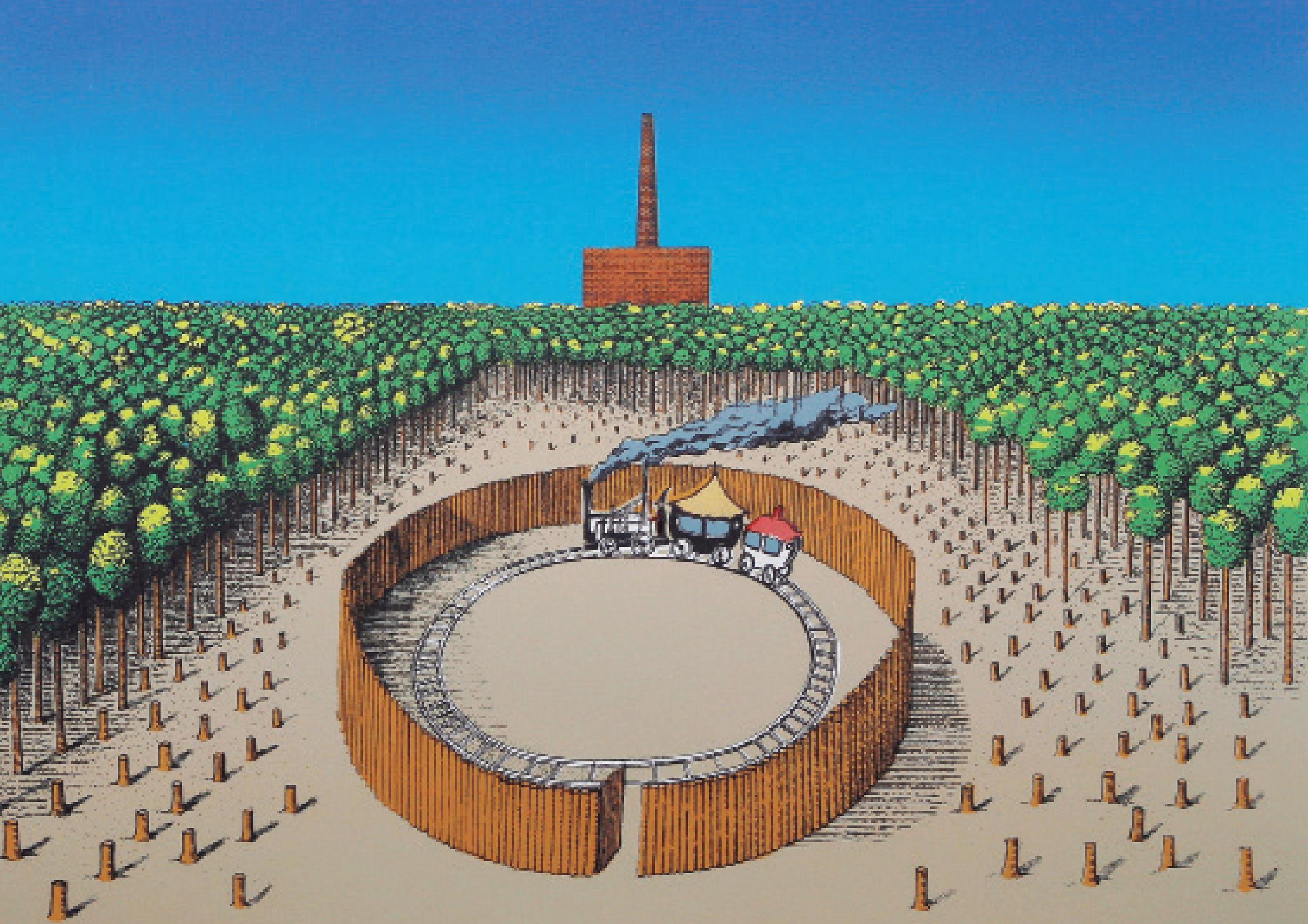


**Papá:** Esta mañana leí que los animales comenzaron a morir. Según un periódico de la capital, sin explicación científica precisa, cientos, miles de aves han aparecido inertes en las orillas de lagos, al pie de cerros, en el desierto texano, en las costas de Suecia, en las cuencas de ríos importantes de Sudáfrica. Los pájaros parecen frutos caídos y reventados de tan maduros. Los imagino con las alas pegadas al cuerpo, los cuellos torcidos evidenciando picos y ojos oscurecidos. Al misterio de las aves, papá, se suma el de los peces. En Brasil, las playas de Minas Gerais bordaron sus orillas con centenares de sardinas. Los plateados peces flotaban para encallarse en lugar de estar formando cardúmenes. Especulan sobre granizadas y corrientes de viento coincidentemente siniestras, quizá una epidemia, lo cierto es que estas hipótesis son torpes y apresuradas.

Creo que tu vaticinio, los animales y tu muerte, han encontrado cauce y forma.

Creo que hasta hoy entiendo lo que platicamos en el tren en el que llegamos al desierto norte. Jamás puse en duda tu dominio del arte ni tu juicio, pero, confieso, sí pensé que tus designios pecaban de expresionistas y que la edad te había vulnerado.

Estamos por cruzar centuria, te hubiera gustado ser parte de las celebraciones; dudo, papá, que llegue a la mitad del nuevo siglo XX, dudo que tenga tu entereza al final de mi vida. Lo único que sé es que debo moverme y llegar a tiempo con la compañía para ser parte de las galas de fin de siglo. Debo seguir escuchándote, pescando tus palabras para llevarlas conmigo y entregárselas a mi hermana. Ella tendría que haberte visto antes de morir, Sarita tendría que haberte abrazado, quizá ella habría entendido mejor que yo tus...



# I Éxodo

Si no se hubiera implementado un perverso plan de industrialización en la otrora villa Paso del Norte, Bruguel jamás se habría dado cuenta de que su paz interior era tristeza. Despertó una mañana de agosto cuando martillos y hachas cimbraron la tierra. Se percató del entrado verano, de que sería largo y caluroso, y de que él se estaba mudando sin lograrlo desde la primavera, cuando su padre, el prestidigitador y nigromante Moisés Kadart, murió.

La epifanía se esfumó para dar paso al mal humor, ahora una constante desde que su hogar, rodeado de árboles acicalados por el peine de los vientos, se transformó en epicentro de una pesadilla urbana. Una semana, hoy se cumplía una semana de obreros cacaraqueando en torno a Bruguel. Las nuevas casas se construían como pasteles: los hombres armaban ostentosas estructuras metálicas que hacían la suerte de moldes que luego rellenaban con cemento. El sol del desierto es un horno de altas temperaturas y las casas se apretaban unas tras otras, como galletas.

Pronto llegarán las familias.

Aquí ya no hay nada que hacer, sentenció el payaso, esta villa es una ciudad en pleno. El segundo de los tres vaticinios de Moisés Kadart se estaba cumpliendo: “Hijo, todos somos comida para leones, las casas no serán nunca habitadas y la gente emprenderá el éxodo más al norte. Nunca al sur”.

El pesimismo del payaso Bruguel se incrementó a raíz de la muerte de su padre, el prestidigitador Moisés Kadart. Desde que el nigromante anunció a la compañía Chiodi di Garofano su retiro voluntario y dictado por

un mal congénito imperativamente advertido, Bruguel se obsesionó con su padre. ¿Por qué la frontera para morir?, quizá yo también me vuelva un viejo testarudo que no hace caso a nadie y no da explicaciones y se obstina en que lo dejen ir solo a todos lados.

No fue necesario llegar a viejo para entender los motivos de Moisés Kadart. Durante el viaje en ferrocarril, Bruguel confirmó su sospecha, ningún Kadart fue oriundo de Paso del Norte (villa que ahora era ciudad pero que Moisés continuaba nombrándola como cuarenta años atrás), pero fue ahí donde Moisés conoció a Francesca Lissoni, la hermosísima muchacha que le dio dos hijos y además su nombre artístico.

Al morir su padre, Bruguel decidió emprender el viaje para reencontrarse con su hermana Sara.

*Mi nombre es Bruguel Kadart Lissoni y seguiré siendo el clown de Chiodi di Garofano, la compañía ambulante circense más antigua del continente americano.*

Sin embargo, los días y semanas pasaban y el payaso no hacía el menor intento por organizar la mudanza; muy al contrario, se arremolinaba en su sillón para leer por horas, salía a caminar por las veredas de los sembradíos de algodón, y, antes de dormir, se tumbaba en el patio para disfrutar en su totalidad la bóveda celeste. Nunca había tenido una casa, mucho menos para él solo. El cielo del desierto lo tenía atrapado en una calma que cabía toda ella en las descripciones que los poetas habían hecho sobre los estados plenos del ser, interpretados también como estados apáticos y de desprendida fiaca.





## II

# La casa

**A**l iniciar la mudanza, Bruguel descubrió que durante el año de sedentarismo obligado fue acumulando una considerable cantidad de nuevos objetos que ahora resultaban imposibles de embalar. Por primera vez en sus 25 años había dormido más de diez noches en un mismo lugar. En un acto de constrictión, decidió partir llevando en los cofres la herencia de Moisés Kadart a sus hijos y al mundo, las colecciones de Bruguel y una selección de objetos adquiridos en la frontera como símbolo de permanencia y recuerdo de los últimos días junto al padre.

Guardó en los baúles los vestuarios del prestidigitador Kadart, estuches de maquillajes antiguos que Bruguel gustaba coleccionar, calidoscopios, plumas con tinteros, cuadernos zurcidos a mano, fotografías de la infancia y los carteles que anunciaban en pueblos varios al Nigromante del Norte, el más grande de la América continental.

El payaso continuó empacando sus libros, luego los platos y vasos, enrolló las alfombras, descolgó cortinas, dobló los cobertores de las dos

camas, cerró los candados de los baúles y al final, en una bolsa de tela como las de los marinos, echó un pantalón, varias camisas y zapatos rojos y azules. Tuvo que dejar la mesa de acacia y pata de mamut que había construido con los restos de unos tablones y el esqueleto de un gran animal que sobresalía como iceberg entre las dunas. La mesa que medía tres codos de largo, dos de ancho y uno y medio de alto, tenía un borde de cuatro dedos de grosor con una montura de hueso.

Qué extraña sensación la de desprenderse de algo. En el circo no había espacio para llevar de aquí a allá muebles y bibelots, más que los estrictamente necesarios.

Qué extraña sensación aquella de no ser nómada y sentirse dueño del desierto.

Sabía que el viaje en busca de la compañía sería fatigoso, aun así, la decisión estaba tomada y Bruguel no sólo era un payaso de palabra sino de acción.





### III

## Salir de viaje

Semanas atrás este espíritu de embalar y planear habría sido impensable, parecía que él mismo y no su padre había decidido morir en la frontera. Con los itinerarios y el verano avanzado y el fin de siglo a la vuelta, Bruguel sintió el apremio del tiempo, podría decirse que el alboroto de llegar al circo, su verdadera casa, para sumarse al espectáculo que sería fastuoso, lo llenó de ansia. Su casa era Sarita y ella le enviaba cada tanto telegramas anunciándole el itinerario de los Chiodi di Garofano con el fin de lograr el reencuentro.

En la víspera del viaje, Bruguel leyó en una novela acerca de las horas, los días, el orden y la necesidad de los años que sólo el camino puede subsanar. Pasó un brazo bajo su almohada y en el duermevela visitó los lugares de los que había leído, en su mente, como dobles, se dibujaba un puñado de ciudades y pueblos. Recorría Venecia con sus paredes de

salitre y canales oscuros; Venecia-espejismo a la que los poetas le cantan para que no se hunda más. Sabía, por su madre, de una ciudad en el desierto donde encontraron petróleo y que se había transformado en un oasis famoso por sus mujeres y su mercado de alfombras coloridas que deslumbraba a los viajeros. Recordó un par de puertos en Sudamérica, uno con jardines colgantes y otro cuyo río parece mar. La última imagen antes de quedarse dormido fue la de un pueblo en la sierra totonaca donde llueve tanto que los aleros de las casas son más grandes que en ningún otro lado.

Esa última noche, el payaso durmió poco y mal a causa de la nostalgia por un terruño propio.



## IV

# Las zarzamoras

**A**l alba, Bruguel se encaminó con la bolsa de viaje a cuestas, cruzó la ciudad y luego sus puertas, ésas por las que entrarían los demonios de todos los nortes y de todos los sures, convirtiendo a Paso del Norte –un siglo después– en la ciudad de las cruces rosas.

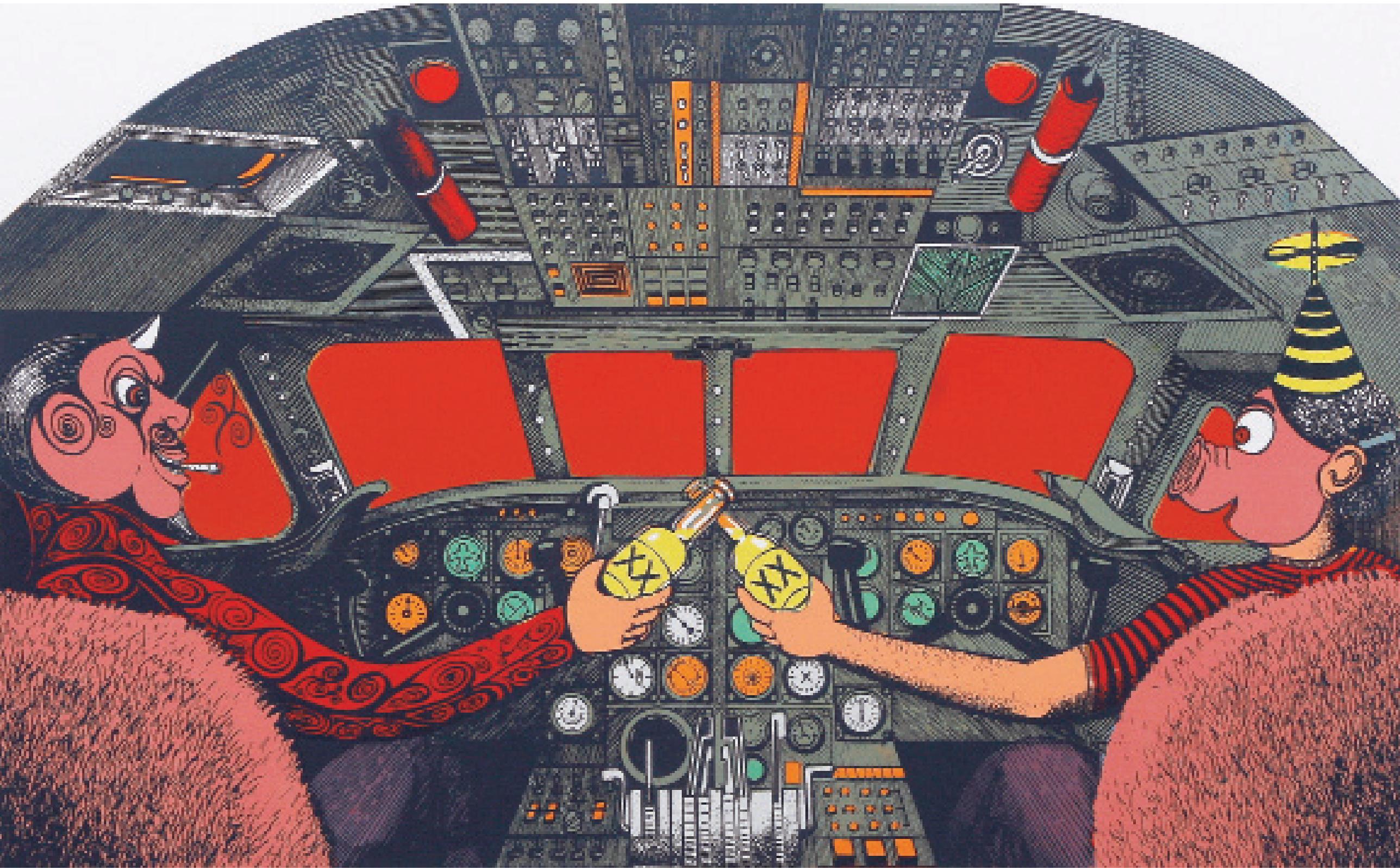
Bruguel contaba las bolitas en forma de uvas, y al aplastarlas, el jugo morado lo hacía absurdamente feliz. Al terminar de lamer la miel entre sus dedos, el payaso se aletargó; el cielo se coronaba de salmones y flamings, los colores del atardecer teñían el ferrocarril que unía costas y extremos.

En el tren rumbo a Ojinaga tan distintas: el rojo era fuera ella quien lo devorase.

comió fresas y zarzamoras con miel. Las frutas venían de su casa, pero ahora sabían dulcísimo, la fresa crecía entre sus dedos y cuando la acercaba a su boca, temía que Las zarzamoras eran un deleite para la vista, el tacto y el gusto.

Bruguel llegó a su primer destino y se hospedó en una posada regentada por una familia famosa en el pueblo por su jalea de membrillo. En el restaurante de la posada conoció a un par de tipos con quienes bebió unas cervezas:





# V

## János y Zoran van a New York

J.: Yo soy János.

Z.: Yo, Zoran.

B.: Mi nombre es Bruguel, mi oficio es obvio.

J.: El nuestro no lo es.

B.: ¿Puedo saber a qué se dedican?

J.: Zoran, ese viejo lobo de mar, no me dejará.

Z.: Eres tú el que se esconde.

J.: ¡Bah! ¡Qué importancia tiene! Brindemos... a la salud de...

B.: Bruguel, mi nombre es Bruguel.

J.: A la salud del payaso.

B.: ¿Hacia dónde se dirigen?

Z.: A la Babilonia de Hierro.

B.: ¿Y qué hay ahí?

J.: ¡Já! Tú deberías de estar en ese lugar.

Z.: János, ¿no es absurdo?, tú diciendo esas cosas cuando te negabas a acompañarme.

J.: Digamos que al final me convenciste con aquello de las luces y el *burlesque* y sus hermosas mujeres de todos los rincones de la tierra, y las botellas que debemos llevar, sobre todo, esto último.

B.: Nunca he estado en New York, pero sí en San Francisco.

Z.: Eso no es nada, allá ves París y Londres en la palma de tu mano. Las noches son una fiesta, las calles son una fiesta, las mujeres bailan y per-

fuman con azahares, sus bocas brillan, sus piernas son largas promesas montadas en tacones como rascacielos...

B.: ¿Qué extraña palabra, qué significa *burlesque*?

Z.: El gran espectáculo de los cuatro elementos: las impresionantemente hermosas muchachas se sumergen en ríos inesperados, se alzan por los cielos, atraviesan aros de fuego, renacen del lodo y la arena. Ni en los mejores cabarets de París o en Hong Kong verías jamás lo que he visto en la Babilonia. Nosotros debemos irnos en la madrugada, no dormiremos, ¿no es así, János?

J.: ¿Has visto nuestro avión? Es el rojo que está allá atrás.

Z.: János, dame dinero, necesitamos otras cervezas.

J.: Cuando estemos en la Babilonia no requeriremos de dólares, allá los tragos los llevamos nosotros.

Z.: Aquí están tres cervezas.

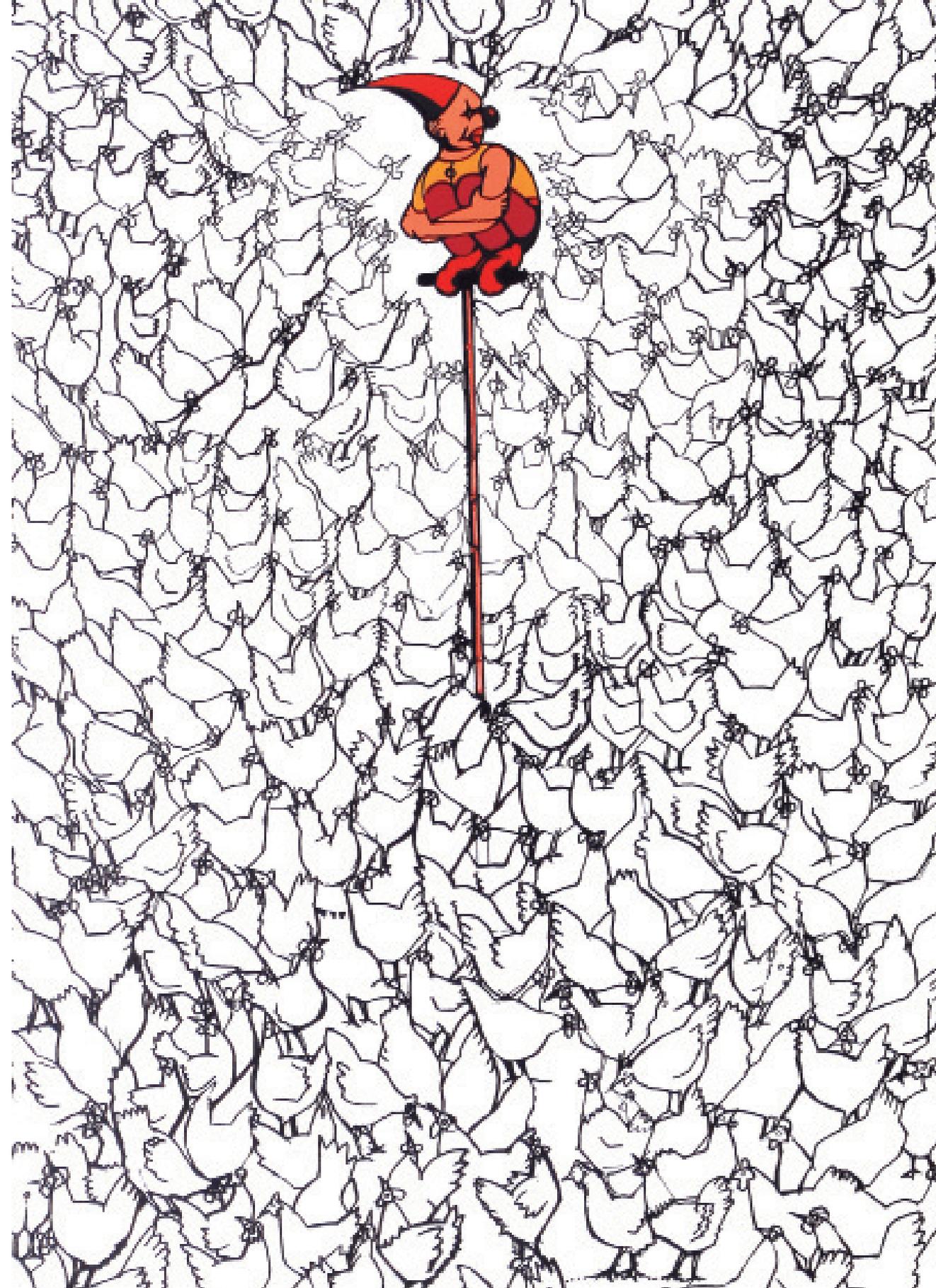
J.: Excelente, querido Zoran, *c'est la class!*

Bruguel regresó a su habitación un tanto mareado. No lograba conciliar el sueño. Además de que la almohada era voluminosa y las sábanas rasposas, en su mente retumbaban aún las voces de János y Zoran describiendo escenas del *burlesque*. Será como la comedia del arte, trataba Bruguel de asirse a una idea, será como las vedettes, quizá.

Esa noche soñó que iba en el avión rojo y no lograban despegar. Los dos extraños del bar intentaban pilotear un aparato más sofisticado y moderno, uno llevaba puesta una máscara de cerdo y János se veía más rojo de lo que era. Fumaban, bebían, reían a carcajadas de algo que el payaso no entendía porque no los escuchaba, era como si tuviera los oídos recubiertos de cera. De pronto descubrió que la nave estaba colmada de cocodrilos, ¿cómo habían entrado aquí?, se preguntó sin pánico.

El payaso se presentó para desayunar a las ocho. A través de la ventana del comedor descubrió sobre la tierra las huellas del avión de János y Zoran. En la mesa contigua, un hombre le decía a su mujer: “Agridina, ¿en qué país estamos? Aquí todo me sabe raro”. La mujer seguía concentrada en su plato y sin alzar la vista le contestó con la boca llena: “Estamos en el país otro”.

¿Se trataba de gente que nunca había pisado la Antigua-Nueva Extremadura? Bruguel pensó que el Norte y el Sur son ideas que se reducen a un principio de incertidumbre. Recordó Finlandia y a Lorelei. Finlandia era la suma de todos los nortes, la madre de Brúguel solía contarle que las brujas más maléficas venían de esta región de la tierra.



## VI

# Ausencia

La mujer que vivía frente a la casa de Bruguel y su difunto padre se llamaba Lorelei. Cinco meses fueron vecinos y un buen día ella se marchó. Bruguel salía de su casa y ella de la suya con una valija en la mano derecha que posó en la banqueta, luego cerró con doble llave la puerta principal. Lorelei dio un último vistazo a su hogar, suspiró y una lágrima se anidó entre los labios. Cuando dio la espalda a su casa, descubrió a su vecino. Cinco meses pensando la próxima semana y luego la próxima semana y será la próxima semana cuando la invitaré al Teatro.

—Buen día, Bruguel.

—Lorelei, ¿se va usted?

—Me voy, mis padres y hermanos ya se han adelantado. Nos vamos a vivir a Nogales, pronto aquí no nos quedará nada. Se me hace tarde, quizá un día pase con su circo y nos saludemos.

Bruguel, de nuevo, se quedó sin habla. No recordaba haber mencionado nada sobre su oficio, sobre ella y el ocaso. Lorelei se acercó y le dio un atrevidísimo beso en la mejilla.

Qué cateto, Bruguel se sintió un reverendo cateto. La chica de caderas estrechas y lacios cabellos sonrió y continuó su camino.

Desde ese día hasta hoy lamenta y se recrimina el no haberla acompañado hasta la estación de trenes. Aquella tarde el payaso olvidó hacia dónde se dirigía, volvió a su casa con una pegajosa melancolía en las suelas de sus zapatos verdes. Incapaz de moverse, terminó su tarde frente a la ventana recreando una y mil veces la imagen de Lorelei cerrando su casa, suspirando, yéndose.

## VII Caléxico

Tomando en cuenta la época del año (agosto anunciando septiembre), Bruguel estimó que la compañía Chiodi di Garofano estaría atravesando el circuito del Pacífico norte. Cada año, los artistas ambulantes procuraban llegar en septiembre a Mazatlán para recibir las naos de China y surtirse de novedades, además de realizar sus espectáculos, que en esa época eran un evento esperado.

El ferrocarril que unía la sierra con el océano Pacífico estaba inconcluso, Bruguel tardó más de lo pensado en cruzar el país. Al fin llegó al pueblo de Topolobampo; comenzó a preguntarle a la gente si ya había pasado por ahí la compañía dirigida por su hermana Sara, y una mujer le contestó: “Así es, joven, los actores ya estuvieron aquí, por unas cuantas horas y los hubiera encontrado aún en labores. No se imagina usted qué actos tan conmovedores presentaron... pero, ¿usted trabaja con ellos, acaso? Debería darse prisa entonces porque se acercan las celebraciones. Aquí tan sólo le adelanto que hicieron actos nunca antes vistos: esferas gigantes transparentes, parecían planetas caídos y dentro de



cada uno de ellos una mujer montada en una bicicleta de dimensión exagerada que hacía que las esferas se movieran. Cuando aquella maravilla pasó por esta calle, creímos que no cabrían, que arrasaría con las fachadas; sin embargo, las esferas de color palo de rosa tenían la cualidad de ensancharse y comprimirse a voluntad. Luego, a lo lejos, oteamos unos tentáculos gigantes, ¡unos pulpos gigantes de verdad! No sé cómo lo lograron, eran casi diez y bailaban con otros tantos calamares y medusas. Parecía que el mar se había volcado sobre nuestro pueblo regalándonos un espectáculo de colores. Y lo que nos pareció igual de fantástico fue el elefante peludo tan grande como veinte hombres montados uno sobre otro. En el lomo de este hermoso animal había un quiosco y dentro de él, los músicos no dejaban de soplar y rascar cuerdas...”

El relato de la mujer no tenía fin y mientras la escuchaba, Bruguel se colmaba de ansia. Parecía que Chiodi di Garofano venía de otra galaxia y resultaba fantástico ser parte de ellos; Bruguel reconoció en las descripciones de los actos representados aquel viejo sueño de Sara de montar cuatro cuadros que se titularían “Índigo”, “Azúcar”, “Jengibre” y “Algodón”. Trataba de construir en su imaginación el aroma, colores y texturas logrados, pero ahora estaba extenuado por el viaje y su alma saturada de emociones.

En el pueblo sólo había una casa de huéspedes. Bruguel se instaló y se regaló una comilona pantagruélica, al final se tumbó en una hamaca y se puso a leer *El Imparcial*. Se sorprendió de encontrar en aquel puerto un diario de la capital del país, especuló que algún viajero lo había olvidado. Leyó una noticia escalofriante, apenas una nota tímida pero significativa para que el payaso interpretara los vaticinios de Moisés Kadart. Pese a que el periódico databa de una semana atrás, las personas que habían escuchado sobre las misteriosas muertes de animales coincidieron con Bruguel en que aquello era el inicio del apocalipsis.

El payaso y otros huéspedes conversaban sobre el fin del mundo y el cambio de siglo y las breves esperanzas de vida que se avisaban, cuando un vehículo descapotado hizo su arribo. De él bajaron tres tipos, el

Cerdo, el Armadillo y Benjamín el Burro, entraron al vestíbulo, reían, parloteaban y mutuamente se encendían cigarros. Bruguel, curioso, veía la escena mientras especulaba sobre el origen de esta caravana de viajeros. Definitivamente no iban, venían de un punto muy lejano porque el viaje se les acomodaba en las ojeras y en lo polvoso de las ropas.

Por la noche, Bruguel se los topó de nuevo y el Cerdo le pidió que los acompañara a comer. La charla fue amena, los recién llegados eran de un pueblo de la frontera, Caléxico. Llevaban varios días de viaje, se habían detenido en diversos lugares circulando sus panfletos. Cerdo y sus amigos pertenecían al Animalismo Utópico, una corriente ideológica fundada por Willingdon Beauty, el Viejo Mayor. Este cerdo, multipremiado en el siglo XIX, tras un sueño premonitorio, reunió a sus animales, todos de una misma granja, y los inició en la filosofía del Animalismo bajo el grito de ¡rebelión!

Benjamín, el Burro, puntualizó que Cerdo era descendiente directo de Snowball y no del verraco Napoleón, como las víboras se encargaron de difamar en el sur de Estados Unidos. Bruguel no tenía idea de qué ni de quiénes le hablaban, pero escuchaba a esos camaradas de voces roncadas, con acentos extranjeros, que fumaban sin descanso, con una fascinación extrema. Le contaron sobre los animalicidios cometidos por el abominable Napoleón y de cómo su gesta continuaba martirizando las granjas sureñas, incluso, las de este lado de la frontera. Cerdo golpeaba en la mesa cada que recordaba que, por culpa de ese inmundo, toda su raza se había convertido, a la vista de los demás cuatro patas, en una maldita escoria.

“La historia está escrita –Cerdo hizo una pausa, bebió un sorbo de tequila al tiempo que reacomodaba el redondo cuerpo en la silla–, pero nosotros ya estamos forjando la nueva versión”. Ajustando sus lentes, continuó el monólogo: “Nuestro objetivo en este pueblo es rescatar a la camarada Rossana y fundar en este puerto nuestra sociedad utópica. La camarada Rossana ha finiquitado una trascendentalísima misión.



Esto que estoy por revelar, no debe ser repetido: mañana al atardecer, yo mismo me embarcaré para liberarla del navío carguero que está por llegar. Ahí, en altamar, ella saltará escapando de sus celadores, quienes la han creído una vaca más. La camarada Rossana tiene un profundo compromiso con el Animalismo, es la única vaca suiza que ha aprendido el alfabeto completo, que es capaz de redactar y leer y la única que ha memorizado nuestros preceptos socialistas sin modificaciones”. Discretamente, Bruguel se acercó a la alargada oreja de Benjamín y le preguntó en voz baja si Cerdo no tenía nombre, pero éste alcanzó a escucharlo.

“Mi nombre es Cerdo y ustedes pueden llamarme así. No tengo otro más, todos los de mi raza han acuñado una lista *in extenso* de nombres que más valdría jamás haberlos pronunciado. Sólo el Viejo Mayor y Snowball son seres dignos de recordar”.

“Pero –cuestionó el payaso– también debemos recordar a los tiranos”. “Ellos –contestó Cerdo estirando lo que fungiría de cuello– serán recordados pese a que nos quitaron la memoria durante su opresión. ¿Qué es lo peor que le puede pasar a un pueblo, mi querido Benjamín?” Y Burro contestó: “No recordar de dónde vino, cómo se formó y quién fue”.

Esa noche, la voz de Cerdo le pateó las sienes, igual que lo había hecho la de János. Intrigado se preguntaba si el armadillo era mudo y, recordando los episodios heroicos de la Granja, Bruguel se descubrió intrigado por la existencia de otra forma de vida que no fuera el circo. ¿Y si fabricara whiskey en Babilonia? ¿Y si se volviera socialista utópico? ¿Y si buscara a Lorelei? ¿Por qué había nacido donde nació? ¿Tenía que morir errante? ¿Qué significaba la noticia que leyó en *El Imparcial*?

La cabeza se le astilló con tantas preguntas y como el sueño se le había escapado como ya era costumbre, resolvió escribirle una carta a su fallecido padre en espera de que, al hacerlo, las respuestas se le revelaran. La noticia de las aves y peces muertos en varios lugares de la tierra fue una de las visiones que Moisés Kadart le confió a su hijo. Quizá se trata de una penumbrosa metáfora –pensaba el payaso–, quizá Sarita deduzca mejor que yo los vaticinios, ella, con su sentido despierto y práctico, apuesta siempre por la sencillez y la lógica.

Cuando terminó de escribir, Bruguel entendió para quién eran realmente los cofres de su padre y para quién la herencia que resguardaban. Sara debía ser la continuadora, él era sólo el portavoz de lo que algún día habría de relatar.



## VIII

# Cetología

**A** bordo.

Zoe y Bruguel se conocieron un 5 de septiembre de 1899 en las costas del Pacífico. Al principio el payaso creyó que aquello que flotaba en la calma azul –un azul más intenso que el cielo del desierto– era una de las tantas pequeñas islas rocosas que se ven desde la playa.

Atrás había quedado Mazatlán y los rastros de Chiodi di Garofano. La travesía se había vuelto una tortuosa persecución. Bruguel, por más que apretaba el paso, llegaba siempre tarde y los telegramas que le enviaba Sara parecían absurdas promesas de encuentros frustrados. No entendía cómo era posible que su hermana no detuviera el trayecto del circo, cómo era posible que Sara jurara que lo habían esperado en tal o cual pueblo y que lo culpara a él de no aparecer en el tiempo fijado. Simplemente se sentía víctima de alguna treta del destino. Estaba alterado y demasiado cansado, además de pobre.

Confirmó lo que su instinto venía gritándole semana tras semana: debía estar cerca del mar y lejos del circo.

Bruguel nadaba y se percató de que en el horizonte sobresalía una isleta nueva. Es probable que esté equivocado –caviló–, quizá ha sido dema-

siado sol por hoy. Y justo al remojarse el esponjoso cabello, al abrir de nuevo los ojos, vio cómo la isleta se perdía en lo azul dejando una corona de espuma. Zoe apareció expulsando un blanco chorro de agua que pintó el horizonte monótono. No podía creer semejante regalo. Bruguel se sentó en la arena a observar las cabriolas de aquel ser regordete y elegante. Su alegría creció al comprobar que estaba solo en la playa, que era toda para él. Fue así como la ballena se acercó y el payaso le habló.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, Bruguel zarpó en el lomo de la ballena; Zoe lo llevaría a las costas de Oaxaca. Su ayuda reanimó lo gastado de su ánimo y lo empobrecido de sus recursos.

Zoe era una *marsopa hurrah*, un tipo de marsopa que se distingue de las tantas conocidas por su jovialidad; se les encuentra nadando en abundantes cardúmenes, saltando y haciendo cabriolas; al toparse con ellas, los marineros lanzan ¡Hurras! de alegría. Las *marsopas hurrah* llegan siempre por barlovento, viven con el viento en popa, se les considera de buen augurio y, quien no las celebra, no sabe de algazara.

Zoe pertenecía a una escuela-harén que navega hacia los mares del sur ecuatoriano. Se había separado de su viejo maestro y del resto de las hembras porque iba en busca de un cachalote llamado Ismael. Ellos tenían su propia historia.



# IX

## Pez Amarrado

Las orejas de Bruguel se volvieron caracolas,  
y la voz de Zoe, el océano mismo.

“Sabrás, querido Bruguel, de la leyenda de la Gran Ballena Blanca. Me alegra ser yo quien la cuente. Siglos atrás la ballena azul, la boreal, la sirena, la del Trópico de Cáncer y tantas más, cruzábamos los océanos respetando las rutas de cada grupo y continuando la tradición de migración: siempre en busca de las aguas frías, siempre en busca de las aguas calmas para los partos. Así fue desde el diluvio al que sobrevivimos sin necesidad del arca, hasta que los barcos con banderas y mascarones de Incubus y Theutis, descubrieron los santuarios, invadieron las rutas, aprendieron a leer los vientos y las corrientes. Interpretaron nuestro canto con el único fin de darnos muerte. En pleno altamar, los arponeros festejaban su gloria engullendo filetes de nuestra carne, a la luz de las lámparas llenas de nuestro aceite. Los cuerpos de las ballenas eran encadenados al barco, siguiendo la ley de Pez Amarrado. Durante la noche, los tiburones, buitres de dientes desquiciantes como el hambre, se abalanzaban sobre los restos, mordisqueando y engullendo con sempiterna gula; los chasquidos de sus mandíbulas despojaban de sueño a los balleneros.

”En una batalla de siete días y sus noches, la Gran Ballena Blanca logró escapar de arpones e injurias, no sin antes llevarse un recuerdo de gue-

rra: la pierna del capitán. Fue así como inició la leyenda, con un hombre cojo y enfermo de ira y una ballena tan poderosa y temida como no ha existido otra. El capitán arrastró por mares a sus cuarenta hombres obligándolos a navegar durante años. Algunos aseguraban haber visto al Leviatán, otros lo creían producto de la locura de ese adalid, lo cierto es que aquel ser de dimensiones extraordinarias y de sagaz inteligencia, hundió naves y hombres, por más de un siglo. Aparecía en dos mares al mismo tiempo y lo hacía entre la bruma, justo cuando el mar guarda sospechosa calma.

Zoe le contó de un pueblo que habita en las costas de la India donde hombres, mujeres y niños, cubiertos de pelo, visten con ropa de algodón y no pueden comer ni beber porque carecen de boca. La ballena le aseguró que aquello era un mito porque ella los había visto y sí tenían boca, una muy pequeña y sin dientes; lo que era verdad es que se alimentaban de olores utilizando una canilla. Aspiraban con gran júbilo frutas como los melones, gustaban de flores y de la brisa del mar, pero eran extremadamente vulnerables porque un mal olor, como el de la carne en descomposición, podía matarlos.

En las costas japonesas, marinos, ballenas y delfines se cuidan de la presencia de Nakura, un vampiro de ojos rojos inyectados de sangre y con cabellos amarillos y largos hasta la cintura. Sobrevuela las playas a la luz de la luna. Sólo se le puede matar con fuego. Nakura es un rapaz de seres acuáticos, acecha la salida de las ballenas y una vez que éstas han lanzado su chorro, ataca en la confusión de espuma.

En las costas de Chile habita otro vampiro, sólo que éste vuela utilizando sus orejas y los únicos que pueden verlo son los brujos. Hace un sonido parecido al de un tucán y tiene cuatro piernas. Los vampiros de Noruega tienen dos y no vuelan.

Ni en sueños Bruguel dejaba de escuchar la voz de su amiga. Luego de tantas historias de viajes, sentía que él también había visto y vivido se-



mejantes prodigios, al grado de comenzar a olvidar hacia dónde iba y los motivos del viaje. En su cabeza se arremolinaban nombres y rostros y lugares inverosímiles, como ese templo al norte de África construido con huesos de ballena donde, aseguran, el Gran Pez arrojó a Jonás.

La última noche con Zoe, Bruguel soñó que era una ballena y cruzaba los Andes cuando las montañas aún dormían en la profundidad del océano.



# X

## La ceremonia del adiós

La costa oaxaqueña se anunció entre vegetación y jolgorio de aves. Zoe y Bruguel acordaron reencontrarse en la noche y si había buenas noticias sobre la compañía, se separarían, en caso contrario, seguirían juntos hacia el sur.

En algún momento Bruguel le confió a Zoe su deseo de permanecer cerca del mar, ella le sugirió las costas de Baja California, del lado del Cortés. “Si vivieras ahí, querido amigo, la punta de la península sería ideal para fincar tu casa, esa que traes en la cabeza y que nos ha seguido toda la travesía; podrías cimentarla en los restos de una antigua fortaleza. Querido Bruguel, aquí llegas tú, si esta noche no te veo en la orilla, sabré por qué”.

Tierra adentro, Bruguel sentía aún el bamboleo del mar y las últimas palabras de la ballena cobraban un extraño sentido de veracidad, de posibilidad... El sol enceguecía su andar, la gente lo creyó un naufrago y quizá porque de alguna manera él se sentía así. Tambaleante, decidió descansar en una banca de la plaza del pueblo. Cerraba y abría los ojos encandilados y tuvo que usar sus puños para frotarlos con intensidad. Cuando abrió los ojos descubrió frente a él un cartel:

EL FANTÁSTICO CIRCO CHIODI DI GAROFANO  
El más antiguo de la América continental  
Signorinà Sarita Kadart, la domadora de todas las fieras  
PRESENTA  
*El primer Programa del siglo XX*

1º Índigo:  
Los quintillizos Borowski y  
su compañía marina de pulpos y calamares

2º Jengibre:  
Sarita Kadart y los tigres blancos de la India

3º Algodón:  
Géraldine, Geneviève, Giselle y Georgette  
con sus burbujas gigantes

4ª Azúcar:  
El insólito Mamut Sucre Saudade y  
su orquesta de músicos spleen

Única presentación  
Domingo, 30 de enero, 5:00 pm

ℓℓℓ

Seis meses de travesía y búsqueda, al fin el reloj y la brújula eran los mismos para él y la compañía ambulante. Había cambiado de siglo viajando absurdamente y Bruguel se esforzaba por sentir alegría, sin embargo, el vacío del estómago y el temblor que no era mal de mar, sólo podían entenderse como decepción. Con el cartel estrujándolo entre sus manos, Bruguel no reparó en las lágrimas que surcaban su piel salada; todo él era una melaza de sentimientos: euforia de tener a su hermana a unos cuantos metros, euforia por el programa que había creado Sarita, la temeraria e incansable, euforia de volver a ver a sus amigos, a las bellísimas hermanas Géraldine, Geneviève, Giselle y Georgette y quizá proponerles un acto burlesque, nostalgia por las historias de Zoe, nostalgia por Lorelei, nostalgia por su padre, nostalgia del camino.

“Si la incertidumbre del reencuentro para cumplir con mi nuevo cometido debía significar alegría, ¿por qué no me siento feliz?”, se preguntó Bruguel.

Al final de una vereda, el payaso vio a Sarita: estaba de espaldas cepillando a un caballo. Era impresionante el parecido con su madre. Durante el tiempo, lejos uno del otro, Sarita encarnó a Francesca Lisonni: el cabello caoba hasta la cintura, con las puntas más claras que el resto; las caderas se habían ensanchado y el torso se había espigado aún más. Era una donna bellísima.

—Sarita... —pronunció en voz baja.

Y los hermanos se abrazaron con emoción y cariño, reían y lloraban a la vez. Sara pensaba en la muerte de su padre, y Bruguel en la de su madre. Al verlos, el resto de la compañía se unió bailando en torno a la pareja. Sara tomó de la mano a su hermano y lo llevó bajo la sombra de unos generosos árboles de mango, otros recibieron los baúles y otros más destapaban botellas de vino, llevaban viandas, cervezas y bloques de hielo para una rápida fiesta de bienvenida. Las hermanas Géraldine, Geneviève, Giselle y Georgette hablaban al mismo tiempo y sus relatos

intentaban ser un resumen apresurado del viaje por la costa del Pacífico, de las celebraciones del nuevo siglo, de sus conquistas y mal de amores; le preguntaban al payaso sobre su travesía, pero apenas Bruguel lograba articular el comienzo, ellas lo interrumpían para intercalar una anécdota más que en ese instante recordaban y consideraban digna de compartir.

Fue su hermana Sarita la que vio en el cuerpo de su hermano el mar y no el circo, fue ella la que entendió de inmediato el cumplimiento del tercer vaticinio de su padre.

—¿Cómo fue, Bruguel?

—Fue al medio día, sabes que papá disfrutaba de su aperitivo antes de la comida. Bebíamos juntos un jerez en el pórtico de la casa, yo me levanté para traer de la cocina más queso. Cuando volví a su lado, la copita estaba bajo la mecedora y él parecía dormido, con su cabeza apoyada como si descansara.

—¿Por qué tardaste tanto en llegar?

Pero Bruguel no contestó, en vez de eso, le narró sus visiones, su encuentro con la ballena Zoe y otras historias.

El día de la bienvenida, Bruguel no se atrevió a confiarle su desazón. Nada podría hacerse ya, debía tomar una decisión y reemprender su travesía al norte, nunca al sur, para así retomar lo que en el desierto comenzó a gestarse: Bruguel, el Cuenta Cuentos del Pacífico, el fundador de una nueva escuela.

En la mañana, los hermanos se reunieron a tomar café. Sara recibió los cofres del Gran Kadart y junto con ellos la herencia escrita en objetos y libros que permitió la continuación del Circo sólo por un siglo más. Sara le regresó a su hermano los diarios del padre con la consigna de que continuara el registro, y al ver su rostro triste, quiso serenarlo.

*-Caro fratello, te estás despidiendo, pero nos encontraremos en el norte, nunca en el sur. Ven, dame un abrazo.*

Como era la tradición, Chiodi di Garofano pasaría por Mazatlán en septiembre de 1900 y los hermanos Kadart se reencontrarían para dar una única y extraordinaria función. Y así lo hicieron cada ciclo hasta que Sara Kadart Lissoni murió en 1950, un año después que su hermano Bruquel.

**FIN**





# Epílogo

## El Pacífico

**B**ruguel acomodó los libros en su lugar, los platos y los vasos en sus anaqueles, las alfombras, las cortinas y el cobertor sobre la cama. Por un largo rato no hizo otra cosa más que observar por la ventana que daba al Pacífico (las otras daban al mar de Cortés). Tenía la vaga esperanza de ver el chorro vaporoso de su ballena.

Al pasar de los días el nuevo hogar fue llenándose de vestigios marinos: troncos esculpidos por la sal y las olas, antiguas botellas de cristal procedentes de lugares lejanos. Con las conchas y caracoles, Bruguel fabricó móviles y utilizó piedras para detener sus libros. Y precisamente al acomodar uno de ellos, Bruguel se topó con uno voluminosísimo (como una ballena en miniatura) y desconocido para él (¿habrá sido del prestidigitador Kadart?). Era extraño que un libro como aquel hubiera pasado inadvertido.

Esa tarde comenzó la lectura y no se despegó de aquella maravilla sino hasta el alba. Descubrió que las noches con Zoe cabían en 700 páginas, pero su legado no tenía fronteras.

Esperaría la primavera para ver a Zoe dar a luz.



*El norte de Bruguel*, de Magali Velasco con ilustraciones de Gerardo Vargas se terminó de imprimir en febrero de 2015 con apoyo de Conaculta, en la Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, siendo gobernador del estado Javier Duarte de Ochoa; director del Instituto Veracruzano de la Cultura Rodolfo Mendoza Rosendo y directora general de la Editora de Gobierno Elvira Valentina Arteaga Vega. Corrección: Julián Osorno. Portada y formación: Israel Pérez Ladrón de Guevara. Cuidado de la edición: Claudia Domínguez Mejía.